



SANTA MARÍA DE GUADALUPE

Santa María de Guadalupe

Santa María de Guadalupe fue coronada canónicamente como Reina de la Hispanidad, su protectora y patrona, el 12 de octubre de 1928 por Su Majestad el Rey don Alfonso XIII y Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Segura y Sáenz, don Pedro, Arzobispo de Toledo y Primado de España, que actuaba como legado pontificio de Su Santidad el Papa Pío XI.



Sancta Maria de Guadalupe,
Gratia plena, Mater Dei,
Hispaniarum Regina,
Ora pro nobis peccatoribus.

Es la inscripción grabada en la lustrina de la Corona Imperial, del Sacro Imperio Romano Germánico, propia de Santa María de Guadalupe, caso único de las advocaciones marianas, única Reina de la Hispanidad a los efectos del Código de Derecho Canónico y de la Iglesia de Roma.

Este acontecimiento ha sido el hecho más importante en la historia de Santa María de Guadalupe, tras los de su traída de oriente, su paso por Constantinopla y Sevilla, su enterramiento como motivo de la invasión musulmana y los de su aparición en el siglo XIII a Gil Cordero:

- La intervención de Su Majestad el Rey don Alfonso XI de León y de Castilla, que en el año de 1330, en su primera visita, mandó agrandar y ampliar el templo, para que fuese digno de Santa María de Guadalupe, con el añadido de hospitales para los numerosos peregrinos que allí acudían, y a raíz de la victoria obtenida contra los musulmanes en la batalla del Salado (1340), Su Majestad visitó por segunda vez el lugar para ofrecer su agradecimiento a la Virgen. A la que hizo donación de varios trofeos obtenidos en la batalla y además dictó un Real Privilegio, de 25 de diciembre de 1340, mediante el cual declaraba el Real Patronazgo que se mantiene, sin novedad hasta la actualidad.
- La erección en Basílica Pontificia el 17 de junio de 1955 del Real Monasterio y Santuario de Santa María de Guadalupe, desde entonces Real y Pontificia Basílica, Monasterio y Santuario de Santa María de Guadalupe.

Pero comencemos la historia por su principio, pues la imagen de la Virgen, fue tallada en Israel en el siglo I por San Lucas, es una antigua talla en madera oscura de cedro del Líbano (*cedrus libani*) catalogada dentro del grupo de vírgenes negras de la Europa. San Lucas, fue enterrado en Beocia (Grecia) con la imagen. Antes, San Lucas, médico de profesión, sufrió la gloria del martirio en esa provincia grecorromana de Acaya, donde fue colgado de la rama de un árbol. El Evangelista pidió que le enterrasen junto a una talla de la Virgen que él mismo había realizado, y más tarde, sus restos, con la imagen, fueron trasladados a Constantinopla, donde se le enterró en la Basílica de los Santos Apóstoles, estando en la actualidad, sus restos se encuentran en la Basílica de Santa Justina, en Padua, Italia.

Posteriormente San Gregorio Magno la lleva de Constantinopla a Roma en el año 582 y colocada en el nicho de su oratorio, saliendo en procesión por las vías romanas con el fin de erradicar una peste que aquejaba a la población, segando muchas vidas, entre ellas las de Su Santidad el Papa Pelagio II. Siendo elegido Santo Padre San Gregorio Magno mandó hacer letanías y procesionar la imagen que tenía en el oratorio personal, estando en procesión se oyó un canto celestial similar al de unos ángeles que *entonaban* al aire loas a la Santa Virgen diciendo:

*Alégrate, Reina del Cielo, alégrate.
Aquí el que tú mereciste concebir y parir ya es resucitado.
Según lo dijo.*

Justo después apareció sobre el conocido actualmente como Castillo de Sant'Angelo, un ángel limpiando la sangre de una espada. Después de todo esto la pestilencia cesó en la ciudad y San Gregorio Magno se convirtió en un fiel devoto de la imagen.

Unos años más tarde, San Gregorio Magno envió varias reliquias al Arzobispado de Sevilla, en el Reino Godo de Hispania, siendo recibidas por su titular, San Leandro, a quien agradecía con el presente el haberse ocupado de destruir la herejía arriana, y entre esas reliquias se encontraba la imagen, que llegó por la mar, en la que se desató una terrible tempestad que puso en peligro el barco, su marinería y pasaje, entonces uno de los clérigos, movido por la fe y la devoción sacó la imagen a la cubierta y le suplicó con tanta humildad y devoción que cesase la tempestad que la tormenta amainó automáticamente. Conociendo San Leandro el presente enviado por Su Santidad el Papa salió al puerto a recibir a la imagen y con gran veneración fue trasladada a sus aposentos.

Es posteriormente entronizada en iglesia principal de la Ciudad, posiblemente la del Divino Salvador, Santa María la Blanca, Santa Catalina o San Vicente, y venerada con gran fervor por todo el pueblo. Tras la invasión musulmana del año 711, los Godos, cristianos que se retiraban con ella de esa ciudad, la depositaron en una caja y la escondieron junto a un río del paraje de las Villuercas, en los Montes de Toledo.

Allí, más de seiscientos años más tarde, un vaquero cacereño, llamado Gil Cordero, fue iluminado con un mensaje mariano que le indicaba que volviese a Cáceres y pusiera en conocimiento de las autoridades eclesiásticas, que si excavan en aquel mismo sitio aparecería la citada caja con una escultura de la Virgen. Inmediatamente se construyó una ermita, vinculada a la Corona desde pocos años más tarde, en el año 1340, como ya hemos dicho. Su Majestad el Rey don Alfonso XI de León, de Castilla y de Galicia (1312/1350) se había encomendado a Santa María de Guadalupe no ha mucho de su reinado.

La Villa y Puebla de Guadalupe, se convierte en punto de peregrinación, tras los Caminos de Fé, que vienen desde todas partes, y es más importante que la de Santiago de Compostela y con fama equiparable a la de Jerusalén y Roma. El descubrimiento de la imagen de la Virgen María fue rápidamente divulgado y aceptado en su condición de Fé y esperanza en la protección mariana por la sociedad de la Baja Edad Media. Así en el siglo XIV los Caminos de Fé a Guadalupe surgen con fuerza en el panorama peninsular, contando con el apoyo incondicional de la Real Familia, Trastámara, Austria, y Borbón, que llega hasta la actualidad, y contribuyen a la propagación del culto y la espiritualidad, primero bajo custodia de los Jerónimos y ahora de los Franciscanos. Guadalupe se convierte el lugar de oración y estancia de todos los Reyes de León y de Castilla, Su Majestad el Rey don Enrique IV de León y de Castilla, que deja indicado que allí se le dé sepultura, como se hizo, siendo el principal valedor e impulsor de las peregrinaciones, haciéndola por el Camino de Levante en 1463, acompañado del Gran Maestre de la Orden de Calatrava don Pedro de Girón y Acuña.

En Guadalupe reciben al Almirante Colón en los años 1486, 1489, 1492 antes de partir en su viaje de descubrimiento, Sus Majestades los Reyes doña Isabel I de estos Reinos y don Fernando II de Aragón, Rey de Castilla, de Sicilia y luego también Rey de Navarra, siendo otra vez recibido en el Real Monasterio y Santuario en el año 1493 a su vuelta. Su Majestad la Reina doña Isabel I estuvo en Guadalupe dieciséis veces, también el Rey Emperador don Carlos I, don Felipe II, don Felipe III, don Felipe IV, don Alfonso XIII, don Juan-Carlos I y don Felipe VI ha visitado oficialmente Guadalupe.

Descansan también en su solar, Su Majestad la Reina doña María de Aragón; Su Alteza Real el Infante de Portugal don Dionis, hijo de Su Majestad el Rey don Pedro I de Portugal; y también la hija de Su Majestad el Rey don Enrique II de León, de Castilla y de Galicia, Su Alteza Real la Infanta de España y de Portugal por casamiento con Don Dinis, doña Juana Enríquez de Castilla.

El Almirante don Cristóbal Colón peregrinó cuatro veces, la última en 1496, cuando trajo a dos indios, Cristóbal y Pedro, que fueron bautizados en la pila que ahora se encuentra en la fuente de la plaza, delante del Real Monasterio. A Guadalupe acudió también el Capitán don Hernán Cortés de Monroy y Pizarro-Altamirano, Excelentísimo Señor Marqués del Valle de Oaxaca, para dar las gracias por estar vivo tras la Conquista de la Nueva España de la Mar Océana, epopeya militar y política que realizó enarbolando el estandarte rojo que representaba la imagen de Santa María de Guadalupe sita en el coro.

Y fue don Miguel de Cervantes y Saavedra para ofrecer los grilletes con los que estuvo preso en Orán; y don Luis de Góngora y Quevedo; y el Excelentísimo Señor Marqués de Santillana; y Santa Teresa de Jesús, y San Pedro de Alcántara, y San Francisco de Borja, y San Vicente Ferrer y finalmente San Juan Pablo II, entre otros muchos.

La devoción a Santa María de Guadalupe, bien sea bajo su representación europea o americana, que tiene su origen en su imagen del coro de la Real y Pontificia Basílica, Monasterio y Santuario, está extendida por todo el mundo, especialmente el mundo hispano. Los Misioneros y los Militares llevaron a las Américas las imágenes de la virgen del coro, Santa María de Guadalupe sin niño, para que se comprendiese mejor su virginidad en el proceso de cristianización.

Así, durante casi siete siglos en Europa, la piedad guadalupense ha florecido para honra y gloria de Nuestra Señora en vivificantes y ejemplares actos de fe mariana, cofradías y hermandades, no exentas de peligros y persecución en no pocos casos.

También se ha contribuido al sostenimiento de albergues y hospitales para el cuidado de peregrinos y enfermos. En el año de 1820, tras el censo informativo que la corporación municipal de la Puebla de Guadalupe (España) lleva a cabo, se dice:

“Es su instituto penitenciarse, visitar a los enfermos y siendo cofrades socorrer sus necesidades a los que hallándose grabados han de velar auxiliándolos hasta su fallecimiento por turno, concurriendo todos los hermanos al entierro con las insignias y ceras de la Cofradía”.

Con la llegada de la Orden Franciscana en el año de 1908, afloró la Hermandad de Santa María de Guadalupe, creada un año después, nuestro antecedente casi inmediato, que integrada por hombres y mujeres de la Villa y Puebla de Guadalupe, a la que más tarde debían pertenecer sus miembros guadalupanos.

El Capitán Cortés de Monroy veneraba a Santa María de Guadalupe que presidía el estandarte que encabezó la entrada de las tropas españolas en Tenochtitlán, luego Ciudad de México, en el año 1521 y que se conserva en el museo del Castillo de Chapultepec, réplica de la citada virgen del coro sobre un todo rojo bermellón, propio del Reino de Castilla. En aquel tiempo, Santa María de Guadalupe era la advocación mariana más venerada en toda Europa, no olvidemos que el consistorio de Zaragoza cambió en el año 1613 la festividad de la Santa María del Pilar, del 2 de enero al 12 de octubre, fecha más benigna en la climatología, alejada de otras celebraciones, lo que no ocurría tan solo un día después del Año Nuevo, y cargada de un simbolismo enorme, el descubrimiento de América, coincidencia que viene generando confusiones que llegan hasta hoy en día.

Y el 4 de noviembre de 1982, Su Santidad el Papa San Juan Pablo II, tras visitar la Real y Pontificia Basílica, Monasterio y Santuario de Santa María de Guadalupe, pronunció estas palabras:

"Es indiscutible la estima tan grande que le tengo a la Virgen de Guadalupe de México. Pero me doy cuenta de que aquí están sus orígenes. Antes de haber ido a la Basílica del Tepeyac, debería haber venido aquí para comprender mejor la devoción mexicana".

Por todo ello Santa María de Guadalupe, con casi 2.000 años de historia es un valor espiritual cristiano cuasi universal a ambos lados del Atlántico, es indudable su origen en Israel, y su paso por Acaya, Constantinopla, Sevilla, para llegar a Guadalupe, en la Archidiócesis de Toledo, siendo su reconocimiento exclusivo como Reina y Patrona de la Hispanidad, un caso único en un contexto histórico milenario e intercontinental, y en lo territorial, cuenta también con un patronazgo local para con Extremadura desde el 20 de marzo de 1907.